

ROMÁN HERNÁNDEZ Y LOS SIGNOS DE LA PROTECCIÓN Y DEL DESASOSIEGO

Todo objeto destinado a albergar algo se halla siempre vinculado con la memoria, al tiempo que con el secreto y con aquello que destinamos a la perduración. Es lo que ocurre con el armario, ese tipo de mueble dotado de un alto valor simbólico.

En los armarios, depositamos siempre lo más querido, aquello que nos interesa, las cosas y objetos a los que dotamos de alma. Y es como si en ellos fuéramos colocando, fuéramos depositando aquello de lo que no podemos desprendernos, pues nos importa, pues tiene para nosotros una gran importancia, un gran interés.

Pero todo lo que nos ocurre sucede en la línea del tiempo. Y, en los armarios, en definitiva, depositamos tiempo, guardamos nuestro tiempo. Como si lo ofreciéramos a un espacio seguro, a un espacio protegido, al resguardo de cualquier intemperie, de cualquier daño, de cualquier tipo de caducidad o aniquilación.

Por ello, el espacio íntimo del armario, el espacio protegido que alberga, tiene algo de sagrado, algo que forma parte de nuestra cartografía íntima, de nuestra cartografía más querida, de aquello que no nos es indiferente.

Y esa sacralidad, esa alma de las cosas, dan noticias también de lo que somos, hablan de nosotros mismos, pues apuntan al centro del ser, al centro del existir, al centro de nuestro transitar por la vida.

En todo lo que guarda cualquier armario, hay, al tiempo, un orden, una voluntad de orden, de colocación, de disposición callada y silenciosa de los objetos. Y tal voluntad de orden funciona como una melodía que no es otra cosa que un canto de belleza. Porque en las formas de toda materia hay una aspiración a la belleza, o, mejor dicho, hay una propuesta de belleza.

Román Hernández, en ese su armario que nos abre, nos está realizando una propuesta de belleza. Las cosas tienen alma. La materia tiene alma. Armario. Almarío. Relicario. Sagrario. Porque los objetos que guardamos, para preservarlos de cualquier destrucción, funcionan como reliquias que atesoran un alma; reliquias de sacralidad capaces de otorgar protección. Porque los espacios interiores nos protegen y propician la duración de lo que albergan; frente a toda intemperie, frente a todo desgaste, frente a toda rozadura que deteriore lo que somos, lo que guardamos, lo que albergamos, lo que amamos.

El armario de Román Hernández es una propuesta de belleza, es una propuesta de protección, es una propuesta que pone de relieve la importancia de los espacios protegidos, la importancia de los espacios de interior, como recurso para transitar por un mundo que, con su intemperie, tantas heridas nos provoca.

Ese tono lechoso y blanquecino con que aparece investido todo lo que guarda, los objetos elegidos y amados, parece funcionar como gasa o venda para apaciguar el dolor de nuestra herida, para ese acto de la curación que todo arte verdadero proporciona.

Hay, en algunos de los objetos que en el armario se guardan y cobijan, una sucesión morandiana, cuyos volúmenes y formas convocan una belleza callada de la estirpe de los bodegones de Zurbarán.

Hay, en este armario que nos abre sus puertas, en los objetos apilados y dispuestos en sus distintas baldas, una celebración del silencio; como si el ángel del orden y de los volúmenes lo hubiera concordado todo: ángulos, aristas, trazos circulares, elevaciones, concordancias de formas...

Porque nada disuena. No hay cacofonía alguna. Parece que se hubiera convocado el reino hermoso de las concordancias...

Pero, agazapada, amenazando los territorios de la luz, esa armonía de las cosas, esa disposición tan digna de Morandi, se encuentra la presencia de la muerte, en esas calaveras que nos llevan al territorio del *memento mori*. Porque, en todo contraste (luces y sombras, aquí), hay

una voluntad barroca, una tendencia al claroscuro, que rompe y quiebra cualquier itinerario hacia el sosiego.

También hay algo en el armario que nos lleva al desasosiego, que nos lo provoca. No sólo las calaveras. La presencia del astrágalo o taba, al tiempo que nos lleva a la memoria de los juegos infantiles, es una pieza más de ese recuento, de esa nómina vallejiana de huesos que nos estructura. Y la careta o máscara nos lleva a lo que finge nuestra especie, al mundo de las apariencias (de nuevo el barroquismo; otro signo barroco).

Mas nos salvan los libros apilados, que parece que estuvieran esperando a ese caballero con mirada de tristeza, que se nos muestra recostado, leyendo uno de ellos, en ese sepulcro inmortal de la catedral de Sigüenza. *Memento mori*, acuérdate de que has de morir. Pero el libro y el arte, la escritura y la creación artística, de algún modo nos salvan de la muerte.

Como también esos objetos que cartografía el imaginario de Román Hernández, con sus contrastes y claroscuros, sus dualismos y contraposiciones. Porque tal imaginario está presidido por una poética de la memoria y, como tal, por una dialéctica de la duración.

Armario. Almario. Relicario. Sagrario. Espacio de interior para proteger lo amado. Muestrario como nómina de huesos, disposición morandiana, poética de la memoria, poética del silencio, presencia callada de las cosas, naturalezas muertas como huellas silenciosas de lo que ha estado vivo, de lo que ha cumplido una función.

Armario. Almario. Relicario. Sagrario. Como caja, como recipiente, como morada, para albergar unos objetos que tienen como fin convocar una belleza a través de la materia y de la forma

José Luis Puerto

Salamanca, abril 2010